

HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO

Escribe: MIGUEL AGUILERA

La historia de la literatura colombiana todavía tiene mucho que hacer con la obra literaria del clérigo doctor Hernando Domínguez Camargo, de mediados del siglo XVII, no precisamente por lo que dijo su no menos culterano editor el jesuita padre Antonio Navarro Navarrete, en la exposición preliminar del libro a que voy a referirme: "Compuesto por el doctor don Hernando Domínguez Camargo, el más culto e ingenioso poeta no solo del Nuevo Reino de Granada, su patria, pero a mi entender —prosigue el editor— el refulgente Apolo de las más floridas musas de todo este nuevo orbe". Digo que tendrán mucho que decir la crítica y el historiador, por la rara circunstancia de que la escuela impresionista literaria de España y de los países de la América hispana se halla coincidiendo casi exactamente con los procedimientos gongorinos de nuestro ilustrado compatriota. Lo que no se sabe de seguro es, si como don Luis de Góngora y Argote, el autor del poema heroico "San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús", también le pagó tributo a la demencia en los últimos años de su vida. Si por los síntomas métricos se puede formular un diagnóstico, cosa que no descarta la psiquiatría, creo que el imaginativo santafereño debió sentirse descabalado cuando inició la marcha de sus mil doscientas octavas reales con esta que, difusa y abigarrada, dice más que las 1.199 que la siguen:

*Si al de tu lira néctar armonioso,
dulces metros le debo, heroica ahora,
en número me inspira más nervoso,
los que Euterpe le bebes a la aurora;
al clarín ya de acero numeroso
plumas le den del cisne, voz sonora;
que el vizcaíno Marte es tan guerrero,
que aun melodías las querrá de acero.*

En verdad es poco lo que se sabe de este docto y eruditísimo, pero estrafalario sujeto. Su gigantesco poema en cinco libros y veinticuatro cantos, fue reproducido por el Estado en elegante edición de la Imprenta

Nacional, precedido de un centenar de valiosas anotaciones del joven poeta vanguardista y "abstracto" don Fernando Arbeláez, quien no tuvo agua en la boca para disparar unos bodocazos con su cerbatana modernista contra el alto crédito literario de Antonio Gómez Restrepo, José María Rivas Groot y José María Vergara y Vergara, y con más sutileza por apuntarle de soslayo, también contra nuestro sapientísimo Miguel Antonio Caro. El prologuista del denso volumen que también ama, frecuente y ensalza la imagen poética de Góngora, resume la prosa de su ditirambo en las tres líneas siguientes: "Domínguez canta nuestras cosas como gran poeta. Encasillado dentro de los términos de una escuela, pero con una personalidad que revela sus talentos formidables".

Antes de ver cómo "canta nuestras cosas" el sibilino vate santaferño, trataré de dar una breve síntesis de su existencia, aprovechando los escasos pero importantes apuntamientos de su biógrafo doctor Gustavo Otero Muñoz.

Hijo del matrimonio contraído entre el buen cristiano criollo don Hernando Domínguez y doña Catalina Gamboa, nació en la tranquila ciudad de Santafé, en los últimos años del siglo XVI o primeros del XVII. En el testamento del mariscal don Gonzalo Suárez Rendón, fundador de Tunja, se cita el nombre de los mercaderes Miguel Sánchez y del cuñado de éste Hernando Domínguez, quienes aparecen como negociando mantas pertenecientes al testador por proceder de la encomienda que los dos administraban en nombre del encomendero. En la cláusula respectiva asumen Sánchez y Domínguez la posición de deudores del insigne capitán. Bien pudiera tratarse del abuelo del poeta Domínguez Camargo, ya que los cobros y operaciones se referían a un tiempo aproximado de veinticinco años de la probable fecha del nacimiento del discutible literato; lapso suficiente y normal para que medie una generación, o sea lo que va del abuelo al nieto.

Después de cursar las primeras letras en su casa, entró al seminario que dirigían los padres de la Compañía de Jesús, fundado por el arzobispo don Bartolomé Lobo Guerrero, y honrado con la virtud y ciencia de los padres Martín Vásquez, Pedro Sánchez de Rojas, Bartolomé Pérez y otros beneméritos maestros. Allí el joven Domínguez no solo definió su vocación sacerdotal, sino exaltó su devota admiración por el santo fundador de la comunidad ignaciana, según lo acredita el poema heroico de mi comentario.

Parece que en razón del cariño que el seminarista santaferño inspiró a los padres jesuitas, aquel viajó por el virreinato del Perú y por la Audiencia de Quito, donde trabó amistad con los más destacados personajes doctos en gramática y preceptiva. De este contacto, favorecido por su temperamento original y travieso, y de la moda poética de imitar sin gracia las loquerías galanas de don Luis de Góngora y Argote, surgió en el joven Domínguez una desafortada inclinación a escribir versos del estilo que en esa misma época se llamó culto o culterano, y que, como virus gripal, cundió por todos los ámbitos donde se hablaba la lengua castellana. Los hombres instruidos, lo imitaban con cierta gracia plausible; los medianamente versados lo sacrificaban con desplantes que nadie com-

prendía; y los ignorantes pero presumidos perpetraban abominaciones dignas de la hoguera.

Por aquel tiempo trajeron a América los jesuitas, entre muchos libros piadosos publicados en España, la *Vida de San Ignacio de Loyola*, escrita por el religioso madrileño Padre Juan Eusebio de Nieremberg, en la que se narra, punto por punto, y episodio por episodio, la carrera militar, primero, y ascética, después, del celebrado caudillo fundador de la Compañía. Leyóla con unción Domínguez, quien por entonces ya debía estar consagrado sacerdote, como que la primera edición de la biografía ignaciana fue ejecutada en Madrid en 1631. En lo atañadero a su preparación eclesiástica hay varios interrogantes que tal vez queden pronto satisfechos si la Compañía de Jesús se decide a hablar con claridad.

Tomando apuntes cronológicos, y ordenando los acontecimientos de la vida del capitán guipuzcoano meritísimo, comenzó Domínguez Camargo el poema que no llegó a concluir, ora por no haber satisfecho una aspiración de claustro, ora por haberle sorprendido la muerte cuando se aproximaba a su fin.

Acaso en cumplimiento de su última voluntad los pliegos manuscritos fueron despachados, después de la muerte, al amigo de su predilección el jesuita padre Antonio Navarro Navarrete, otro gongorino apasionado residente en Quito, quien, agregándole unas pocas octavas del propio linaje, dio por concluida la obra. No obstante el excesivo elogio que el eclesiástico neogranadino rindió a San Ignacio, el destinatario de los pliegos originales no obtuvo la gracia de que la Compañía de Jesús editara el libro. Lo único que alcanzó a regañadientes fue el *Nihil obstat*, impartido por el censor de la Compañía, padre Juan Cortés Osorio, del Colegio Imperial de Madrid, quien después de dar opinión favorable, aunque descarnada, advirtió, entre paréntesis, que ya antes había emitido el mismo concepto a solicitud del vicario matritense y canónigo de la catedral de Toledo, doctor Diego de Alaiza, el cual concepto se extravió. Parece, pues, que un sino fatal perseguía al infolio del poeta santafereño. Se subentiende que no lo fue por la doctrina, ni por el propósito. Acaso por el detestable artificio literario en boga. Poco inclinados a innovaciones pretenciosas se han mostrado los literatos de la Compañía de Jesús. El estímulo de la tradición fue lo que siempre guió la obra espiritual, docente y científica de sus maestros, predicadores y profesores.

La portada de la primera edición fechada en 1666, revela con claridad los saltos de mata que hubo de dar la obra póstuma, para que al cabo de todo fuese la religión de los agustinos la que sufragara los gastos de impresión. He aquí el texto de esa primera doliente página: "San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús. Poema Heroico, escribíalo el doctor don Hernando Domínguez Camargo, natural de Santafé de Bogotá del Nuevo Reyno de Granada, en las islas occidentales. Obra Póstuma dala a la estampa y al culto teatro de los doctos el Maestro don Antonio Navarro Navarrete. Acredítala con la ilustre protección del Reverendísimo Padre Maestro fray Basilio de Ribera, dignísimo Provincial de la esclarecida familia del Serafín y Cherubín en el entender y amar el Grande Agustino, en esta Provincia de Quito. Año 1666. Con Licencia en Madrid, por Ioseph Fernández de Buendía".

El prologuista del volumen que se sometió a la prueba de los eruditos, joven poeta, de la última promoción, como acostumbran decir hoy los últimos y los penúltimos, advierte que Domínguez "canta nuestras cosas" como gran poeta. Trataré de sacarlo verdadero en cuanto sea posible, ya que de lo nuestro propio no entona alabanza sino a las esmeraldas, al río Magdalena y al sustancioso sábalo. También, fuera del poema heroico, ensaya su carcaj envenenado contra la ciudad de Guatavita, en la que quizá prestase sus servicios de párroco o excusador.

Prometo no comentar lo que la lira de Domínguez Camargo produjo para gusto y esparcimiento de los culteranos de su tiempo. Van unas pocas transcripciones que muestran curiosa analogía con lo que los jóvenes versiculantes de ahora están produciendo a toda pluma.

Las verdes yedras de nuestro Muzo opimo bullen en el estro del Góngora bogotano, así:

*Débenle a la estrella que las cría
en nuestro Muzo en carnes de cristales,
(venas de verde luz, que ardua porfía
en tan copiosos derramó caudales)
las esmeraldas, que ellas a María
la honra, que en sus pies logran reales,
le deben, cuando son de esotras piedras,
en cojín imperial las verdes yedras.*

Las escamas de azogue del apetitoso sábalo brillan por arte de birli-birloque, al lado del cernícalo, que, llamándolo halcón, lo compara con la barquilla en que los pescadores aguardan el mensaje de su anzuelo:

*Alada de dos remos la barquilla,
halcón, a quien dio el remo leve pluma
de la alcandora absuelta de la orilla,
rompe en región azul nubes de espuma;
no las caladas de su aguda quilla,
(garzón del mar) el sábalo presuma
falsear veloz, o desmentirlas mudo
que es su garra el arpón que sintió agudo.*

Ahora que el diablo y los versificadores de hoy entiendan y expliquen lo que quiso decir acerca de nuestro turbio Magdalena:

*No tan airoso nace, tan ameno
el voluble juguete de la pluma
(a quien este mi patrio Magdaleno
oro a la cuna, al nido le da espuma)
del de la parda garza blando seno
en una y otra inquieta negra suma,
cuando o lo juega el blando movimiento
o lo retoza lisonjero el viento.*

Finalmente el que fue cura de Turmequé, pequeña aldea de Boyacá, en la cual debió tener algún saldo de herencia de su padre o de su abuelo, amigo del fundador de Tunja, también quizá hizo sus primeras armas de párroco en la población cundinamarquesa de Guatavita. En esta la numerosa familia de Garzones, quizá no le cayera en gracia, ni la lengua murmuradora del sangrador y sacristán Zambrano, según lo reveló en el siguiente soneto que copió en sus genealogías el aplicado Flórez de Ocáriz:

A GUATAVITA

*Una iglesia con talle de mezquita,
lagarto fabricado de terrones,
un linaje fecundo de Garzones,
que al mundo, al diablo y a la carne ahita.*

*Un mentir a lo pulpo sin pepita,
un médico que cura sabañones,
un capitán jurista y sin calzones,
una trapaza convertida en dita.*

*El ángel de ganados forasteros,
fustes lampiños, botas en verano;
de un cómo estás menudos aguaceros,*

*Nuevas corriendo, embustes de Zambrano,
gente zurda de espuelas y de guantes,
aquesto es Guatavita caminantes.*

Creo que cuando se adelante un poco la investigación sobre el controvertible poeta doctor Hernando Domínguez Camargo, vamos a parar en saber que ni el poema heroico en honor de San Ignacio le atrajo el afecto de la comunidad jesuítica, ni ésta le dio importancia panegírica al libro, ni la andanada de 1.200 octavas podía curarle de la manía de imitar con escasa fortuna al loco de Granada que se moría de envidia contra Lope y Quevedo.

Cuando se publique su testamento otorgado en Tunja en 1659 en que invocaba el título honorífico de familiar del Santo Oficio y Comisario de éste, se descubrirán las vetas aprovechables en la tarea biográfica de quien en sus años de juicio sano, debió ser brillante teólogo, competente gramático y orador de coraje. Copia de dicho testamento se halla en el escritorio del hábil historiador doctor Guillermo Hernández de Alba, quien nos reserva curiosas sorpresas acerca del personaje.